

aquellas maravillas desaparecen como un sueño. Esta invención maravillosa, en que la imaginación oriental se despliega con toda libertad, parece ser el modelo de los encantamientos de Merlin. La Naturaleza y la humanidad se manifiestan aquí como embriagadas la una por la otra.

¿Qué hace entretanto Rama, el héroe del poema? Sumido en la contemplación de las selvas, de las montañas y de los ríos, pasa sus días en un vago encantamiento. Esto no se observa en los poemas de Homero, donde los hombres no se detienen en la contemplación de las bellezas del universo, ávidos de acción y movimiento y llenos de emociones guerreras. Todos creen hoy que esta especie de enternecimiento que el hombre siente en presencia de la Naturaleza es un sentimiento completamente moderno, y hasta muchos piensan que sus primeros rasgos se encuentran en Francia únicamente en las obras de J. J. Rousseau y de Bernardo de Saint-Pierre; sin embargo, he aquí en un poema del Alta Asia, de tres mil años lo menos de antigüedad, á un héroe cuyas impresiones, fantasías y lenguaje son completamente semejantes á los de Saint-Preux en las rocas de Meilleraie, á los de Rousseau en la isla de Bienne, á los de Werther en los bosques de Alemania y á los de Pablo y Virginia en la isla de Francia. Hasta dudo si en los escritores que acabamos de nombrar, la intimidad del hombre y de la Naturaleza fué nunca expresada en rasgos tan vivos como en el pasaje siguiente del *Ramayana*:

«Después de haber habitado largo tiempo las selvas, Dusha-Rutha, semejante á los dioses, seducido por la gracia de aquellas colinas, mostraba en este momento á su esposa muy amada las lejanas cumbres, y le hablaba de esta manera: «¡Oh, amada mía! ni la pérdida de mi reino ni la ausencia de mis amigos aflige mi ánimo cuando contemplo la frente sublime de esas montañas. Mira esa cima que visitan los pájaros y en que los metales abundan: sus picos se elevan hasta los cielos. Los flancos de aquel rey de las montañas parecen unas véces venas de plata; otras, resplandores del brillo de los diamantes, y otras, en fin, faldas cubiertas de flores de la asclepia gigantesca. Aquellas otras montañas, enlazadas por nudos de escolopendras, parecen talladas en cristales. El bananero, el baobab y el datilero extienden á ellos su sombra. Parejas de pájaros se persiguen sobre los bordes de las rocas. Mira aquellos nidos embalsamados, donde se abrigan los polluelos de la tórtola. La montaña con sus cascadas, sus fuentes y manantiales, sus murmullos y sus estremecimientos, parece un elefante embriagado con los frutos salvajes (1). Y ¿quién es capaz de permanecer insensible á esas suaves brisas, que como un soplo se elevan del fondo de las cañadas, henchidas de perfumes? ¡Cuán hermoso sería pasar

(1) Recuérdense los *osos embriagados con uvas*, que tanto ha censurado la crítica en *Atala*. Valmiki confirma aquí elocuentemente á M. de Chateaubriand, quien en 1796 no podía conocer el *Ramayana*.

aquí toda mi vida contigo; la pena no me affigiría! En medio de estas flores y de estos frutos siento despertarse en mí todos mis sueños. Los sabios que me han precedido han confesado que la soledad en el fondo de las selvas es para los reyes tan dulce como la ambrosía. ¿Ves las plantas floridas de la reina de los valles brillar de noche como la llama de una ofrenda? ¿Ves aquí y allá esos nidos de delicias, formados por los tallos del loto, y recubiertos de hojas del blanco nenúfar?...» Habiendo hablado de este modo, descendió Rama de lo alto de las rocas y mostró á su esposa Sita el dulce río del Ganges, y dirigiéndose de nuevo el príncipe de ojos de loto á la hija del rey, que parecía la luna salida de la sombra de las selvas, le dice: «Mira este río amoroso con sus islas frecuentadas por los cisnes, y cuyas orillas umbrosas remedan la gruta del Dios de las riquezas. Aquí es donde los solitarios se deslizan sobre el blanco césped, se bañan en la estación sagrada, y con sus manos levantadas entonan himnos al sol. Entonces los árboles y sus ramas agitadas por los vientos sacuden sus flores y sus hojas en uno y otro lado del río, y la montaña parece gemir y estremecerse hasta en sus cimientos. Mira ¡oh amada mía! inclinarse bajo la brisa las corolas de las flores; escucha las notas cadenciosas del ruiñeñor oculto en la sombra, y repite sus acentos prolongados. Si yo quiero mejor contemplar contigo esas cimas azuladas que residir en un palacio...» Así es como Rama, el jefe de

la raza de los Rughous, conversaba con su esposa en las orillas del río, y atravesando la montaña aparecía á sus ojos como embellecido por un hechizo.»

Podría este pasaje ser comparado al cuadro de los amores de Adán y de Eva en el *Paraiso perdido* y también á los ensueños fantásticos de Tristán y de Isolda en los antiguos poetas feudales, sobre todo en la redacción alemana de Gottfried de Strasburgo, pues hay en ellos expresiones que parecen tomadas al vivo del *Werther*, de la *Atala* y del *Genio del Cristianismo*. Una sola cosa distingue esta antigua poesía asiática de la poesía moderna del Occidente, y es que el amor humano está en aquélla como envuelto en el amor de la Naturaleza. Sita, la compañera del héroe, sólo representa, en el seno de la soledad, uno de los ornamentos del espectáculo de la creación; no es ella la que presta allí el alma y la vida; no es, como Julia, Atala y Virginia, el pensamiento y el perfume oculto de todas las cosas; es únicamente una flor más en la selva sagrada. Por otra parte, así que el héroe logra arrancarse á la impresión de la Naturaleza, la combate con sus austeridades, pues el Werther indio vive envuelto en un cilicio, y esta voluptuosidad mezclada de ascetismo bajo aquel cielo de los trópicos, es precisamente lo que hace de Rama el representante fiel del genio de las razas indias. Vestido Rama con el hábito del peregrino, rehusa el imperio y se retira en cierto modo del poema para

vivir en la contemplación de las olas, de los bosques y de las montañas, del mismo modo que el pueblo indio se ha retirado de la Historia y del mundo real, á fin de vivir engolfado en la contemplación vaga y soñadora de la Naturaleza. También él, como Rama, rehusó el imperio del Asia que le ofrecía su diadema, y en vez de entregarse al genio de la acción y de las conquistas, como todos los pueblos vecinos, quiso mejor embriagarse en éxtasis, en perfumes y en silencio en el fondo de sus inmaculadas selvas. Más de una vez, y siempre en vano, lo ha provocado la historia á salir de sus valles, pero él ha continuado viviendo con su ninfa encantadora, negándose á abandonar sus pacíficas umbrías, y aunque el mundo entero ha pasado ante sus ojos y todas las razas humanas hanle visitado sucesivamente, nunca ni por nada quiso salir de su éxtasis.

El ascetismo ha sido el principio de la poesía de la India y del Occidente en la Edad Media, como fué también en estas dos sociedades un principio de civilización, porque la humanidad, en su nacimiento, cogida por todas partes en los lazos de la naturaleza exterior, no pudo romperlos sino negándolos. Fué éste un esfuerzo necesario de la libertad moral para resistir la tiranía del universo entero. He aquí la razón por que los héroes del Alta Asia son, en medio de sus valles encantados y de todos los atractivos de los sentidos, ascetas que combaten interiormente contra el despotismo del

mundo exterior. En su alma coloca con razón la epopeya sus batallas más maravillosas; ellos son los que fundan realmente, con el reinado íntimo del alma y de la libertad moral, el del género humano, cerrando, como los padres de la Tebaida en los tiempos de las seducciones del imperio romano, sus ojos y sus oídos á todo brillo y á todo ruido del mundo sensible, y guardando, conservando y alimentando en sí mismos la conciencia de la humanidad, amenazada al nacer de verse ahogada bajo los hechizos de una sensualidad exuberante. ¿Ni qué otra cosa significan las maceraciones prodigiosas de aquel pueblo de sacerdotes en el jardín del Asia, sino una protesta del pensamiento para restablecer el equilibrio entre la materia y el espíritu? Este es el primer combate del cual han de depender todos los demás, y que ha de decidir si el hombre en lo sucesivo será el señor ó el esclavo de la Naturaleza. Tal es la cuestión puesta en el origen de toda sociedad, y por esto cuanto más poderosa es la Naturaleza más lo es también la reacción contra ella del hombre, principio por el cual se explica el ascetismo de los bracmanes en su país encantado, el de los pitagóricos en la Magna-Grecia y el de la Italia y España en la Edad Media. Los santos, que en el origen de la civilización cristiana combatieron los instintos de la naturaleza pagana, como la hidra y el Pitón, son los Hércules y los Teseos de la humanidad moderna.

Todo en nuestros días ha cambiado. El ascetis-

mo ya no es un principio reinante de civilización y de poesía, porque la humanidad ha cobrado fuerzas en la lucha, teniendo de hoy más su independencia asegurada sobre el universo; porque muy lejos de tener nada que temer de la tiranía del mundo exterior, lo está constantemente domando y plegando á sus múltiples caprichos; porque el pensamiento tuerce ya el curso de los ríos y terraplena los valles; porque la materia huye vencida y desaparece ante el yugo del espíritu; porque el hombre ya no tiene nada que aprender de la sabiduría de la serpiente, ni de las aves de los arúspices; porque, en fin, se desvaneció ya el temor de poder ser vencido y cautivado por la Naturaleza. El gran duelo ha terminado en favor suyo, y ¿por qué negarlo? hoy es el hombre el que encadena á su carro la Naturaleza.

No parece, por otra parte, sino que la sociedad india nunca supo ser joven, según lo que abundan en su primer poema las reflexiones, combinaciones y cálculos filosóficos, con los que además se mezclan sentimientos que han debido nacer en épocas demasiado apartadas entre sí. La *Iliada* y la *Odissea*, marcadas con todos los caracteres de un pueblo naciente, simplicidad, ingenuidad é ignorancia de las cosas metafísicas, debieron surgir casi espontáneamente y ya formadas de la frente de la sociedad griega, mientras que la epopeya de Valmiki resume ya el genio de un pueblo que ha atravesado por todas las fases y agotado todas las

doctrinas de la vida social: cosmogonía, génesis, tradiciones de la infancia del mundo, que atestiguan sobre todo la infancia de la inteligencia humana; recuerdos de una lucha de dos razas primitivas, monumentos de la formación del pueblo indio, sentimientos de melancolía y enternecimiento, fantasías é invectivas de una sociedad ya harta de sí misma, escuelas de filosofía, escepticismo, ironía, sectas metafísicas, reinado de los lógicos, señales de una religión y de una civilización en decadencia: todo esto amontonado, mezclado, ordenado en una misma obra, como las producciones de las diversas épocas de la Naturaleza superpuestas en los flancos de una misma montaña, desde la roca primitiva y la vegetación antediluviana conservada bajo las capas profundas y lejos de la luz en hojas de pizarra, hasta la flor nueva que acaba de libar en el rocío el insecto nacido de la mañana. Por esto, aplicando á esos poemas la teoría que hemos rechazado para Homero, crearíamos sin dificultad que son obra, no de un hombre, sino de diversas generaciones que en ellos sucesivamente han acumulado sus pensamientos. No de otra manera puede explicarse aquel pasar bruscamente de la época del caos á la de la metafísica, de los hombres de las selvas á las escuelas de los sofistas; el encontrarse en su cuna misma el libro de su vejez, pareciendo que sin infancia ha nacido en la eternidad.

Mas ¿queréis saber lo que puede ser el escepti-

cismo antediluviano de que acabamos de hablar? Grande será vuestro asombro al notar cuán parecido es al de nuestros tiempos:

«Dirigióse entonces á Rama, para probarle, el rey de los lógicos, y le dijo: «¡Oh Rama! ¡que la inteligencia de un asceta como tú no descienda al nivel de las imaginaciones vulgares! Los libros sagrados fueron compuestos por hombres diestros para engañar á los demás é inducirles á hacer donativos. He aquí toda su doctrina: ofreced sacrificios, consumios en las austeridades religiosas, en el ayuno y en la maceración; llevad dones al sacerdocio... ¡Oh rey! ¿no abrirás alguna vez los ojos? Lo que es susceptible de tocarse y gustarse con los sentidos, es lo único digno de tus deseos. Todos los reyes tus predecesores han caído bajo la férrea mano de la muerte. Nadie sabe lo que de ellos ha sido ni adónde fueron; se cree verles en todas partes donde se desea que estén; sin embargo, el universo está hundido en la incertidumbre. Nada hay seguro en este mundo, y el mismo mundo, ¿dónde está?»

»Al oír estos sentimientos ateos, Rama, semejante á un elefante furioso, respondió: «No; no me desviaré de los mandatos de mi padre, como el caballo domado no abandona el carro, ó como la sumisa esposa no se aparta de su esposo. No me quebrantan más tus palabras que quebranta la montaña el choque del huracán.»

Vemos, pues, que el escepticismo bajo la vege-

tación de los trópicos no habla un lenguaje diferente que bajo la pluma de Voltaire. El asombro y la cólera de aquel joven elefante furioso herido por la eterna serpiente, es el único rasgo que nos revela una sociedad antigua. La India, en efecto, no estaba aún familiarizada con la duda, y por eso se revuelve violentamente contra el aguijón. Pero el veneno de todos modos ha penetrado en el corazón de su poesía y ya no podrá arrojarle: ¡extraño comienzo para un pueblo esa mezcla de la blasfemia con el himno aun vibrante de la creación, y ese escepticismo surgiendo del propio caos! Este episodio es el libro de *Job* de la Biblia india.

Mas si es verdad que la fuerza viril consiste principalmente en contenerse, limitarse y dominarse á sí mismo, no cabe duda que una secreta divinidad se oculta bajo la potencia monstruosa de los poetas del Ganges, y este es el signo evidente de su infancia. Como aquellos jóvenes elefantes embriagados cuya imagen les es tan familiar, atraviesan, gozándose en sus asuntos, las impenetrables selvas y la creación entera, y sin embargo, una enredadera basta para turbarles y detenerles. Más bien que poseerlos, hállanse poseídos por sus propios asuntos, y errantes á través de la inmensidad, siempre les queda vez para añadir un episodio más al episodio que precede, pues no existe razón alguna fundada en la naturaleza de las cosas que pueda poner término á sus composiciones, cuyo desenlace sólo en la eternidad es posible. Con res-

pecto á su estilo, podemos decir que es igual á la acción misma, tan rico en rubies, topacios y pedrerías, tan exuberante en vegetación como las faldas sagradas del Himalaya, punto en que se diferencian esencialmente de nuestros poemas de la Edad Media, en los cuales la expresión indigente sigue á la acción á duras penas, así como el siervo seguía difícilmente á pie á su señor, jinete en un caballo caparazonado. Acostumbrados á la semiluz de nuestros países, quedamos desvanecidos fácilmente ante aquellos tesoros prodigados de la palabra oriental; pero si es verdad que el arte debe ser tan sólo una imitación de la Naturaleza, aquel estilo llena entonces todas las condiciones de la perfección, pues es evidentemente el reflejo del lujo de la creación bajo el cielo del Alta Asia. Sólo le falta la elección hecha por el hombre entre los varios objetos que la Naturaleza le ofrece, y en este sentido no es raro encontrar en aquellos poemas y respecto de un solo objeto hasta cincuenta comparaciones acumuladas, que interceptan verdaderamente el camino con aquel fardo de imágenes. El hombre se halla aquí como destronado por la Naturaleza, y su pensamiento borrado ó eclipsado por los rayos de aquel sol demasiado potente, de aquel ojo de Brahma que devora cuanto contempla. No deja por eso dicha expresión de mostrarse algunas veces sencilla, desnuda y rápida: entonces semejante contraste llama poderosamente nuestra atención, pues errantes durante mucho tiempo al

través de una selva inhabitada, sin oír en sus profundidades otros murmullos que los de la Naturaleza viviente, parece que fantasmas sin voz y reptiles alados vuelan confusamente por entre las ramas que gimen, y el horror crece cuando súbito descubrimos pasos en aquella soledad, y á poca distancia se alza un grito, ¡el grito de un hombre semejante á nosotros!

Y aquí volvemos á encontrar la cuestión ya indicada al principio, la de saber qué puesto ha de ocupar la poesía india en la historia del arte, si eclipsará ó no en los ánimos la poesía homérica ó si podrá reemplazarla algún día. Pero nosotros entendemos que ningún monumento, ninguna obra del espíritu, por humilde que sea, puede sustituir á otra ni ser por ella sustituida, siendo harto pueril la crítica que consistiese en despreciar la Grecia por el Asia ó el Asia por la Grecia. Á Dios gracias, hay vez suficiente en la naturaleza y en la inteligencia del hombre para todos los poemas del pasado como para todos los del porvenir. Pero lo que sí ha cambiado es la perspectiva de la historia, pues no parece sino que el genio helénico se acerca á nosotros á medida que vamos viendo elevarse en lontananza el genio indio sobre el horizonte, por más que, muy lejos de destronar al viejo Homero, lo que harán aquellos monumentos, recién revelados, es destacarle más y darle mayor brillo por su riqueza, su arte, su sencillez y su habilidad instintiva. La India pondrá aún más de relieve á la Gre-

cia; el Himalaya servirá como de marco al Olimpo. En opinión del último siglo, era el autor de la *Iliada* únicamente una especie de discípulo ciego de la Naturaleza, no siendo cosa rara el que se le conceptuase semioriental; pero desde que se le ha podido comparar con su hermano del Ganges, la precisión de su dibujo y la firmeza de sus formas han quedado para todos más claras y manifiestas, entrando á formar más estrechamente parte de la familia de los genios de Occidente, ó apareciendo al menos como mediador soberano entre éste y el Oriente, coloso de Rodas que sienta sus plantas en las dos orillas.

Si tratamos de investigar ahora cuál podrá ser la influencia directa de este renacimiento oriental, no tiene duda que por algún concepto ha de entrar en las concepciones del porvenir, pues toda una sociedad no sale del sepulcro y vuelve á la vida sin influir de algún modo sobre las imaginaciones humanas. Ciertamente que el genio indio no será nunca tomado por modelo, dado que su carácter consiste precisamente en no consentir ni regla fija ni ley irrevocable; pero sin ser un código literario, es evidente que viene á engrosar la tradición universal. Siempre que los modernos se han encontrado ante una nueva obra griega, para emprender á su vez otra semejante, se han visto luchando con una cosa perfecta, que apenas dejaba nada que añadir ni que quitar, reconociéndose por todos que no podía existir la mano que rehiciese el mármol es-

culturado en Atenas; mas por el contrario, la poesía de la India es una mina de Golconda en que el oro, los metales preciosos y las pedrerías se hallan muchas veces mezclados con elementos aun toscos, y de esas masas confusas podrá el Occidente aprovechar sin duda alguna (ya lo está haciendo), no formas, pero sí colores, tradiciones é imágenes que animará con su vida; un metal nuevo, en fin, para llenar el molde de su pensamiento.

Porque el espíritu del hombre está hoy presente en toda la redondez de la tierra, sin que basten á sus sueños las cunas de la Troada y del Lacio, y para expresar su pensamiento tal como ha sido agrandado por el cristianismo, no sobra ya ninguna de las formas, voces, acordes y perfumes que el globo puede producir en sus varios climas. Ha pasado el tiempo en que, aislándose la industria en las fronteras de cada Estado, se limitaba el comercio de las cosas é ideas á un cambio difícil en el seno de un mismo reino. Ahora las producciones de todos los países hanse juntado en la gran asamblea de la sociedad moderna, y por eso cuando la materia se ve así transportada y cambiada de zona á zona, sería locura pretender que el pensamiento únicamente permaneciese estancado en un punto del espacio y que la poesía viviese y muriese sin contacto sobre el terreno mismo en que nació. Ya no existen siervos del terruño en la vida real; no puede haberlos tampoco en el mundo ideal, y es de justicia que cuando el cuerpo se ha emancipado

sea el espíritu á su modo habitante de toda la tierra y contemporáneo de todo el pasado.

No; no temamos aparecer infatuados, atribuyéndonos por patria el globo entero y atreviéndonos audazmente á abrazar en su conjunto, de Levante á Poniente y del uno al otro polo, todo este grano de arena en el infinito, que si parecía ilimitado en la antigüedad, era por ser desconocido, pero que después de haber sido medido puede ser justamente apreciado. Ni de hoy más será necesario, para franquearle en un momento, pretender habitar en el Olimpo, pues que en la vida más obscura el más encadenado corazón puede atravesarlo más pronto en alas del cristianismo que en otros tiempos lo hacían los dioses de Homero.

## IV

**El panteísmo indio en sus relaciones con la institución de la familia y de las castas**

Una sociedad hecha enteramente á imagen del panteísmo aparece ante el Occidente como un monstruo en la organización civil, que se creería imposible á no haber existido. Porque ¿qué puede hacer un hombre ó un pueblo rodeado y envuelto dondequiera por una divinidad que toca con sus manos, que ve con sus ojos, que oye, siente y gusta en todas las cosas? Es evidente que bajo el peso de esta idea no tiene más recurso que permanecer inmóvil, pues ni á matar un insecto (1) ha de atreverse, acordándose de que Dios está oculto bajo lo efímero. ¿Ni á qué obrar? ¿por qué cambiar? Su única actividad sólo puede consistir en abstenerse, porque si hasta él mismo no es otra cosa que el Eterno encarnado en la sociedad humana, no hay que luchar, ni combatir, ni sustituir una voluntad privada y tumultuosa á la del ser soberano que

(1) «Matar un insecto, un gusano ó un pájaro, es una falta que mancha.» (*Manú*, lib. II, st. 10.)